

**DESCOLONIZACIÓN
DE LA
ARQUEOLOGÍA**



Guillermo Marín



Existe una enorme insuficiencia de la arqueología en México,

porque, por una parte, no está en función de las necesidades de recuperar y fortalecer la memoria histórica del pueblo, y por otra parte, se ha puesto al servicio de las corrientes extranjeras de la arqueología, que emiten conjeturas totalmente colonizantes y fantasiosas. El INAH y algunas universidades, comenzando por la UNAM, carecen ostensiblemente de una actitud crítica y descolonizadora, manteniendo los dogmas y falsos paradigmas que los invasores y misioneros crearon desde el siglo XVI, en cuanto al estudio e investigación del pasado ancestral del Anáhuac.

Los prejuicios y dogmas colonizadores de los europeos, manifiestos a través de una “supuesta” superioridad civilizatoria, religiosa y cultural, nos hablan -en el fondo- de la ignorancia, inseguridad y fanatismo de estos pueblos que son, con propiedad, la última civilización en formarse. Pero bien, estos dogmas que iniciaron con Cristóbal Colón, cuando afirmó que no teníamos alma y en consecuencia no éramos seres humanos, y que por tal, al ser animales, según la filosofía aristotélica, éramos seres inferiores a quienes se debía explotar para el beneficio de los humanos, y que además, en la condición de animales, no teníamos propiedades; todo lo que se encontraban los europeos era de España y del Vaticano.

Estas “verdades incuestionables” de Occidente, que justificaron el genocidio, el epistemicidio y el robo, así como la explotación y depredación, siguen siendo válidos hasta nuestros días. De manera encubierta e hipócrita, estos principios rigen a los gobiernos del primer mundo, sus empresas y sus bancos, para explotar a los seres humanos y los recursos naturales de los países colonizados desde el siglo XVI hasta nuestros días, ahora llamados con eufemismo “subdesarrollados”.



Como la historia y la descripción del mundo y la vida, la han creado los invasores, la visión de la civilización del Cem Anáhuac, es de pueblos y culturas primitivas, salvajes, idólatras, ignorantes, guerreras, que practicaban obsesivamente el sacrificio humano y el canibalismo. Desde Hernán Cortés hasta Mel Gibson, con sus cartas de Relación y la película Apocalypto, es el mismo discurso, que se acompaña con las ideas infames de que, la conquista fue una acción humanista, civilizatoria, que trajo paz y prosperidad a estas tierras. Que la evangelización, como lo afirmó José Vasconcelos, en el prólogo de su libro “El Ulises Criollo”, medianamente civilizó a los pueblos originarios de lo que hoy es México. Afirman los historiadores hispanista coloniales y neocoloniales que, “la conquista fue dolorosa pero necesaria, y que si bien, hubo dolor, también trajo muchas más bendiciones para los conquistados”.

Toda esta exposición, tiene como objetivo, ser el prólogo para entrar en el análisis de la arqueología que se ha llevado acabo en el Anáhuac. Primero que nada, se debe decir que el Vaticano, fue el impulsor y promotor de la invasión, que tenía como objetivo principal el epistemicidio. Con una historia negra de diez siglos de la Edad Media, en donde mantuvo el poder en Europa por medio de la eliminación brutal y sanguinaria, de todas aquellas personas que poseían información ancestral, tanto de los pueblos originarios de Europa, como la que había llegado vía los romanos desde Egipto. La divisa del poder en la Edad Oscura fue la ignorancia. El Vaticano por medio de los jesuitas, que

desde inicios del siglo XV estaban en contacto con China, sabía de la grandeza epistémica que había en el continente Abyanáhuac, y de ahí, la decisión de su destrucción.

Así que lo primero que hicieron los invasores fue destruir piedra sobre piedra todas las construcciones de conocimiento. La ciudad de México-Tenochtitlán es el más claro y brutal ejemplo. La ciudad más grande y mejor urbanizada del mundo en 1521, fue destruida como negación de la civilización del Cem Anáhuac. Así, como la quema de todos códices, la destrucción y prohibición de las escuelas, y por supuesto, el exterminio de los maestros y sabios. La negación total del conocimiento y sabiduría del invadido, es la base de las ciencias sociales, que se han creado para describir y conocer “al otro”, por parte de los invasores. Todo esto bajo el pretexto de una lucha contra las idolatrías y el demonio, auspiciado y aprobado por el Vaticano.



La arqueología en manos de los invasores, nace en México, simbólicamente, con Hernán Cortés, haciendo “calas” en la casa de Axayácatl, el difunto tlatoani mexicana, en la que hospedaron a los españoles por órdenes del Tlatócan. Cortés buscó un supuesto tesoro que pensaba estaba escondido a la manera europea en la casa. Por lo tanto, la búsqueda de un tesoro, sea en metales preciosos en el pasado, y ahora, en busca de fama y notoriedad académica, siempre es el elemento que ha impulsado la arqueología, como una especie de “autopsia” del invadido, con la obligada búsqueda de los vestigios de los sacrificios humanos.

La arqueología es creada por el colonizador para hacer “autopsias culturales” de los invadidos, pero desde una visión eurocéntrica. El mayor “pecado” de esta visión es el siguiente: Es una técnica, no una ciencia. Por tal, es incapaz de explicar por sí misma, procesos de desarrollo humano complejos y desconocidos en valores, principios, actitudes, etc. Se requiere del apoyo de otras técnicas y ciencias, para

tartar de interpretar, -como dijo el Dr. Mircea Eliade- “el sentido de la vida de un pueblo”. La arqueología, “con cuatro tepalcates” no puede interpretar la vida filosófica y espiritual de la civilización del Anáhuac. La soberbia y la ignorante prepotencia de la arqueología, le permite emitir juicios verdaderamente carentes de sentido común y de la más mínima lógica, que rayan en la estupidez.

El problema es que los arqueólogos colonizados toman a “las fuentes históricas”, como base de sus afirmaciones. Estos textos, no fueron escritos con rigor académico, ni como trabajos científicos en busca del conocimiento. Por el contrario, fueron escritos llenos de mentiras para enaltecer las acciones de los invasores y misioneros; jamás fueron escritos con un sentido respeto “al otro” y en busca de la verdad.



Pero, además, en general basan su discurso en la cultura mexicana (1325-1521), del final del periodo Postclásico decadente, y lo generalizan para los miles de años de historia ancestral. Muy poco se sabe de fuentes confiables sobre los mil años del Periodo Clásico, de los toltecas, la Toltecatótl y la función de los Tollanes (200 aC. a 850 dC.). Y menos aún se conoce del periodo Preclásico o formativo. La cultura olmeca “se inventó” en la década de los años cuarentas por los académicos. De la invención del maíz, aproximadamente en el año siete mil antes de la era, al año 1500 aC., no se sabe gran cosa. Se sabe muy poco o casi nada de la evolución entre los nómadas cazadores del ocho mil aC., a los pueblos que esculpieron las llamadas Cabezas Olmecas.

De modo que la arqueología colonizadora habla sobre el milenario pasado del Anáhuac, sin un conocimiento científico. Así como los misioneros trataron de explicar a las culturas del Anáhuac, en base a los textos bíblicos, los arqueólogos modernos pretenden explicar lo que no conocen aplicando una lógica Mesopotámica, egipcia y grecolatina.

Lo más burdo es llamarle al Anáhuac, Mesoamérica. Mesopotamia viene del latín, “entre dos ríos, el Tigris y el Éufrates”. Mesoamérica es

¿entre dos Américas? Por qué, si desde tiempos ancestrales los pueblos le llamaron Anáhuac, viene un extranjero y le cambia el nombre a nuestra milenaria tierra. Es parte de la estrategia de borrar a la civilización más avanzada de la antigüedad en cuanto al desarrollo humano.

Pero tal vez, el problema más grande de los arqueólogos hispanistas, es que, inconscientemente, parten de la premisa de que, “el pasado es primitivo”, en una visión, no solo eurocentrista y lineal de la historia y el desarrollo humano. En sus colonizadas cabezas no se les ocurre ni en sueños, que tal vez, podrían estar ante una civilización mucho más avanzada que la occidental.

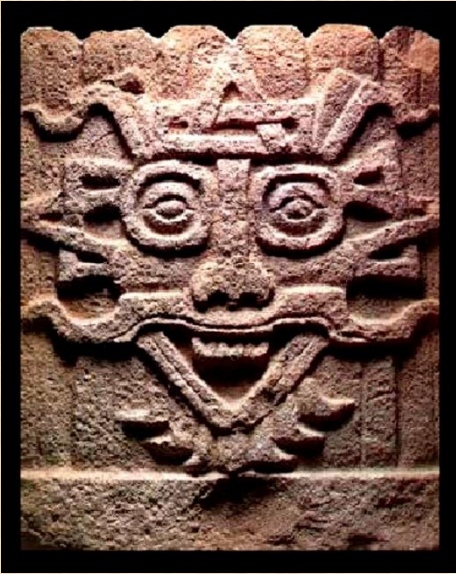


Desde el siglo XVI, se afirmaba que los pueblos del Anáhuac eran primitivos porque no inventaron armas y no eran guerreros, que no tenían sentido de la propiedad privada, no usaban dinero y no comerciaban. Hoy sabemos que, por el contrario, cuando un pueblo llega a tener estos logros, habla de un avance civilizatorio muy importante. Simplemente, los marxistas afirman que la abolición de la propiedad privada será uno de los logros más importantes de esta filosofía.

La verdad sea dicha, la arqueología “mexicana” la liderean universidades y arqueólogos extranjeros, que cuentan con los fondos necesarios para pagar las costosas exploraciones. Por otra parte, el INAH no puede contratar a jóvenes arqueólogos por carecer de presupuesto y de nuevas plazas, por lo que la arqueología mexicana está en manos de “santones y caciques”, con actitudes y líneas de trabajo escleróticas.

Pero tal vez, en este reglón, lo más triste es la auto sumisión de la arqueología mexicana a burócratas taimados y políticos corruptos, que dirigen el INAH. Esta sumisión llega hasta la academia, en donde los arqueólogos mexicanos no se atreven a contradecir las mentiras y

fantasías que presumen pomposamente los arqueólogos extranjeros. Nadie mejor como ejemplo de lo opuesto, que uno de los más importantes pensadores mexicanos del siglo XX, en su libro "Imagen de Tláloc", donde toca este escabroso tema de una manera directa, hablando del dominio de los arqueólogos extranjeros en la arqueología mexicana.



"De esta suerte, valiéndose de análogas complicidades, los eruditos estadounidenses han formado, respecto de la cultura olmeca, un sistema de mentidas conjeturas cuyas principales características son el desdén y la ignorancia.

Condenable es eso, pero no es, en mi opinión, lo peor; lo peor consiste en que los estudiosos mexicanos, voluntariamente sometidos a una perversa forma de colonización extranjera, se sujetan, por lo común, a las sistemáticas equivocaciones de los eruditos estadounidenses, y las repitan y las confirman como verdades, acaso con el deseo y la

esperanza de que éstos los tengan por iguales suyos.

De estos casos, por obvio principio de dignidad, no quiero ofrecer ningún ejemplo." (Rubén Bonifaz Nuño. 1995)

Por la objetividad y claridad de sus argumentos descolonizadores, investigadores como Rubén Bonifaz, Guillermo Bonfil o José Luis Guerrero, han sido sometidos a la exclusión del selecto grupo de intelectuales orgánicos del Estado neocolonial de ideología criolla, que se dedican a recrear "la biografía del Estado" y a alimentar los contenidos de las zonas arqueológicas a través de mitos y fantasías, que son usadas como atractivo turístico. En cuanto a los arqueólogos oficiales, tienen que someterse para no perder la plaza en el INAH.

Pero el problema central, es que los arqueólogos, toman como referencia los procesos culturales del continente Euroasiaticoafriano, especialmente las culturas grecolatinas, egipcia y sumeria, para reconstruir la vida de las culturas anahuacas. No se dan cuenta que

existe un abismo muy grande entre Roma y Teotihuacan, entre los griegos y los purépechas. Son culturas diametralmente opuestas.

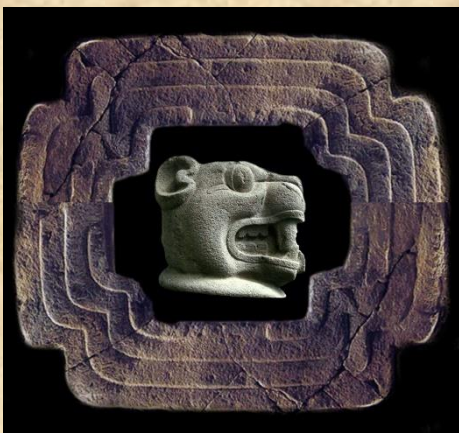
Haba la arqueología mexicana de un “imperio azteca”, cuando en el Anáhuac nunca existió un imperio. Hablan de comercio, cuando por milenios aquí no existió la moneda y lo que se hacía era el trueque. Hablan de guerras de conquista en el Anáhuac, cuando las guerras de expansión mexicana se dieron a partir de 1440 y duraron apenas 81 años, en las que estaba prohibido matar al adversario. Hablan de reyes, reinas, princesas, realeza, palacios, religión, sumos sacerdotes, cuando aquí no existió la religión en el sentido judeocristiano, lo que existió fue espiritualidad y personas de conocimiento.



Los historiadores y arqueólogos quedan atrapados en la dolosa confusión creada, de concebir el “México prehispánico”, con los apenas 196 años de la cultura mexicana. Hacen creer que los mexicas crearon la Toltecáyotl. Es decir, que la sabiduría y el conocimiento que inició desde la invención de la agricultura, la milpa y el maíz alrededor del año ocho mil aC., fue hecha por los mexicas.

Excluyen a todos los pueblos del Anáhuac, como los mixtecos, zapotecos, purépechas, huastecos, totonacos y los mismos nahuas del altiplano. Poco valor histórico y arqueológico les dan, el platillo fuerte siempre son los mexicas, Tenochtitlán y el supuesto imperio. Para la historia y la arqueología oficial, solo existen los mexicas. Han tenido que “incorporar” a la cultura maya a fuerzas, y esto se debe a que ha sido muy investigada y explorada por los extranjeros. De modo que los mayas son “invitados incómodos” de la arqueología oficial, porque, además, son los extranjeros los que la difunden por todo el mundo, “gracias a sus investigaciones”, especialmente norteamericanos, franceses y rusos. No es broma el decir que, la arqueología mexicana va hasta Egipto a hacer trabajos arqueológicos pagando todos sus gastos.

Finalmente diremos que la arqueología mexicana, no ha servido nunca, para exaltar la identidad cultural y acrecentar la autoestima a partir de la investigación y difusión del patrimonio cultural ancestral. La identidad nacional del Estado necolonial de ideología criolla, no ha permitido el desarrollo de una política, para estimular la conciencia de pertenecer a una de las seis civilizaciones con origen autónomo y conocer sus logros y avances científicos, sociales y espirituales. Que el pueblo se perciba como parte integrante de un modelo de desarrollo humano milenario: hijos de los hijos de una civilización ancestral, viva y vigente.



Por el contrario. La arqueología, la historia y el INAH, pretenden hacer creer al pueblo que la civilización ha muerto, que es cosa del pasado, que fue primitiva y guerrera, que solo está en museos y zonas arqueológicas, y que solo es de utilidad turística y recreativa. Recientemente la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Instituto Politécnico Nacional (IPN), patrocinaron vergonzosos documentales en donde se exalta la invasión a Cortés y Malinche. Exponen estas insignes instituciones la ideología colonial e hispanista de sus cuerpos directivos, carentes totalmente de una posición crítica y analítica sobre la invasión, el genocidio y el epistemicidio que siguen vigentes hasta nuestros días en México.

La identidad del Estado mexicano, se basa en que todos los habitantes de este país somos iguales. Que somos mexicanos y que este país es producto de la llamada Guerra de Independencia, ¿que muy poco heredamos del periodo colonial, y que el pasado ancestral, ha sido superado. Que lo que ellos llaman “indígena” o “pueblos originarios” ha sido erradicado por la modernidad y el progreso.

Por todo lo expuesto, asumimos que se requiere la urgente descolonización de la arqueología y de la historia. Se requiere cambiar de mentalidad para investigar y evaluar “lo propio nuestro”, desde una conciencia anahuaca, desde la misma Toltecáyotl. Desde sus valores y

principios. Necesitamos que los jóvenes de los pueblos ancestrales, tengan una opción en su formación crítica y analítica como ciudadanos orgullosos de su pasado ancestral y de sus Viejos Abuelos. Se requiere que los estudiantes que se formen como historiadores y arqueólogos, lo hagan en una atmósfera descolonizada, plural y abierta. Son necesarias instituciones educativas que lidereen el pensamiento crítico y analítico en campo de las ciencias sociales. Se precisa reformar la “historia oficial”, descolonizarla y hacerla una herramienta liberadora a través de despertar conciencias. Enriquecer los contenidos de la educación, desde el jardín de niños hasta la universidad, a partir de la Toltecáyotl.



Lo que la Matria requiere es que sus hijos despierten y que se reconozcan así mismos, de manera directa y sin extranjeros intermediarios que nos digan, cómo piensan que fue nuestro remoto pasado. Necesitamos formar “rostros propios y corazones verdaderos”, basados en el orgullo de saber quienes fueron sus antepasados, conocer sus grandes logros y sus inmensas aportaciones a la humanidad. Entender la dimensión de nuestros sabios orígenes, para que los anahuacas actúen en consecuencia, para encontrar la soberana libertad, la dignidad y el orgullo de ser hijos de una de las seis civilizaciones más antiguas e importantes de la humanidad.

La arqueología en particular, pero las ciencias sociales en general, necesitan un cambio urgente y decidido. Acabar con los añejos y anquilosados dogmas del siglo XVI, sobre nuestra historia ancestral y nuestros Viejos Abuelos. Necesitamos recuperar la historia y dignificar la arqueología. Lo difícil no es hacerlo, sino imaginarlo. Educayotl AC “Educar para el futuro con la sabiduría del pasado”.

Julio de 2019
Yahuiche, Oaxaca.